

NARRATIVA

Golpes de luz

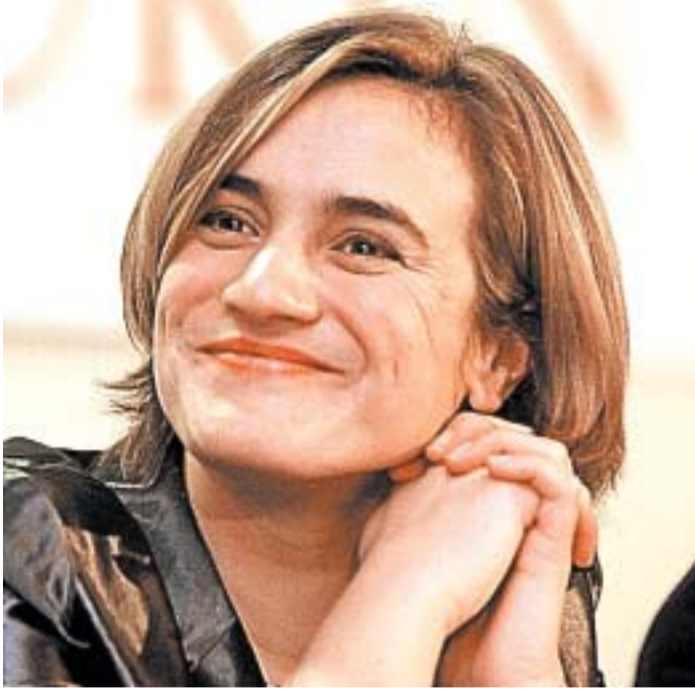
La novelista y poeta Luisa Castro ha logrado en *Viajes con mi padre* un relato que reconcilia al lector con la literatura. La autora recrea su infancia y adolescencia en Lugo, a la vez que transmite la cotidianidad familiar.

VIAJES CON MI PADRE

Luisa Castro
Planeta. Barcelona, 2003
228 páginas. 18 euros

ANA MARÍA MOIX

Poeta de valía justamente apreciada, Luisa Castro (Foz, Lugo, 1966) alterna la escritura poética con la narrativa, campo en el que ha publicado tres novelas (*El somier*, 1990, finalista del Premio Herralde; *La fiebre amarilla*, 1994, y *El secreto de la lejía*, 2001, Premio Azorín) y el volumen *Diario de los años apresurados* (1998), en cuyas páginas rememoraba los años de su iniciación literaria en Galicia y su posterior traslado a Madrid. Ahora, con *Viajes con mi padre* insiste la autora en el género autobiográfico, logrando un libro de una gran belleza, de un aliento humano tan cálido como perturbador que nos conmueve y acompaña una vez finalizada la lectura. La rememoración de un viaje desde Foz a Alcázar de San Juan, realizado en la adolescencia en compañía de su padre para recoger un premio de relatos que le fue concedido a la entonces incipiente escritora, sirve a Castro de "pretexto" para poner en pie el mundo de su infancia y adolescencia en un medio familiar más bien común en una Galicia dura donde la vida cotidiana, hecha de trabajo y de inseguridad económica, no es precisamente un cuento amable. Y Luisa Castro



Luisa Castro es autora del poemario 'Los versos del Eunuco'. PEP GARCÍA

ha conseguido algo muy difícil: transmitirnos esa difícil cotidianidad, esa existencia común, casi "sabida", envuelta en un halo de singularidad diría que mayestática. Con una prosa simple (no simplista), diáfana y esencial (en ningún momento pobre), nos cuenta su infancia y problemática, dolorosa adolescencia, transcurrida de la mano de dos personalidades deslumbrantes: las de sus padres. Uno de los factores que hace que una novela nos agarre desde las primeras páginas hasta el final, convirtiéndonos en lectores, en

"sólo" lectores —es decir, logrando anular cualquier otro atributo de nuestra persona—, quizá sea el poder absoluto que sobre nosotros ejercen las potencias humanas de uno o varios de los personajes creados por el autor del libro que leemos. Ése es el gran logro de esta obra. Leyendo *Viajes con mi padre* recordé los retratos de Antonio López en los que representa a sus padres: dos seres humanos que llevan en sus rasgos su procedencia humilde, y a los que el pintor, al plasmarlos, ha atinado al otorgarles una postura de reyes.

Una frontera de merengue

El dominicano Marcio Veloz Maggiolo ofrece en *El hombre del acordeón* una historia que hunde sus raíces en la magia, el paganismo y la tradición musical y oral de su país.

EL HOMBRE DEL ACORDEÓN

Marcio Veloz Maggiolo
Siruela. Madrid, 2003
146 páginas. 16 euros

JORGE EDUARDO BENAVIDES

"El que salva la memoria de los demás, aunque sea inventándola, merece pasar no a una sino a muchas posteridades". Eso es lo que cree Vetemit Alzaga, fabulador incansable e informador del Gobierno dominicano en los años treinta del siglo XX, momento crucial de esta novela de Marcio Veloz Maggiolo (Santo Domingo, 1936). El narrador principal, que se anuncia como el único personaje ficticio de esta trama de sabor caribeño, recoge la historia de Honorio Lora, el hombre del acordeón, que lleva sus ácidas letras de merengue por el territorio fronterizo entre República Dominicana y Haití, donde se confunde lo cristiano y lo pagano, lo español y lo francés, el Caribe y África, conformando un territorio propicio para la leyenda, pero también para los ultrajes prosaicos en las tierras sin ley.

Una trama bien hilvanada que juega con la contradicción y el equívoco nos ofrece la peripecia de Honorio Lora, la de sus amantes, la de sus hijos y la de un vasto repertorio de personajes entre los que se incuba la traición y la venganza, la fatalidad y la magia. A Vetemit Alzaga, cuentero de pura fibra, se le obliga a olvidar su pro-

pio pasado, a olvidarse de buscar y recomponer la historia de su padre, a quien mató el dictador para el cual Alzaga inventa la genealogía apócrifa de los rayanos.

Enemigo declarado de Honorio Lora, Alzaga va organizando, sin asomo de remordimiento, sus tareas de informante del Gobierno y a través de su relato entendemos cómo Lora, feroz crítico del régimen, utiliza la metralla de sus letras para ir componiendo el canto de la oposición, aunque esta idea no llega a cuajar con fuerza en la novela, y queda como una anécdota que gira en torno al núcleo del relato: las tres muertes del acordeonista, probablemente envenenado, no se sabe si por sus propios músicos acompañantes o por los hombres del dictador, enfurecido por las letras que le dedica Lora en sus merengues. O tal vez por otras venganzas.

Imposible no pensar en García Márquez o en Asturias al avanzar por estas páginas. Sin embargo, el mejor mérito de *El hombre del acordeón* quizá reside en su lenguaje de marcado afán imparcial, sin los desbordes hiperbólicos de lo real maravilloso, como si el territorio de La Salada no tuviera aquel cariz de fantasía y desmesura, sino que fueran contingentes inevitables para contar una historia más bien terrenal y plausible, lavada de un descomedimiento que la hubiera convertido en relato epigonal de algún cuento maccondiano. Por fortuna no es así y la novela se deja leer con interés.

Las malas compañías

Montero Glez crea en *Cuando la noche obliga* una trama de amor y muerte que convierte Tarifa en un apeadero del infierno. Se confirma como un desertor de las vanidades.

CUANDO LA NOCHE OBLIGA

Montero Glez
El Cobre. Barcelona, 2003
248 páginas. 17 euros

VÍCTOR ANDRESCO

La tentación de considerar Tarifa una más de las mecas ibéricas de la *internacional pija* queda espectacularmente desarticulada por Montero Glez (Madrid, 1965) en esta fulgurante novela que convierte la localidad gaditana en un apeadero del infierno, demostrando no ya que Sartre tenía razón sino que a todos nos conviene estar atentos si no queremos terminar engullidos por el monoteísmo mendaz del dinero y el miedo. Conseguir todo esto a partir de una sencilla trama negra, de amor y muerte, ambientada en nuestros días representa un mérito que va más allá de la inteligente combinación de héroes y situaciones —de actualidad: narcotráfico, inmigración, prostitución y manipulación informativa— y se asienta sobre un sólido trabajo de creación lite-

raria. El autor se reclama heredero de Cela y Dos Passos pero en esta generosa y fluida afirmación de la narrativa deja también patente el privilegiado parentesco con grandes voces de Latinoamérica como el Carpentier de *La consagración de la primavera*, el Vargas de *Conversación en La Catedral* o el Fuentes de *Terra nostra*.

De los subtextos que apuntalan esta singular apuesta por la novela como patrimonio de una nueva cultura *cósmica* es importante destacar el humorístico y el que deconstruye las perversiones lingüísticas más aviesas. *Lo cortés no quita lo caliente*, dice Montero y ejerce de domador de un material sensible. Hace cinco años Montero Glez irrumpió con *Sed de Champán* en un mercado huérfano de autores radicales y logró un halo de malditismo fácil de comprender a la vista de las características del *establishment* cultural patrio. *Cuando la noche obliga* lo consagra ahora como lúcido desertor de las vanidades y confirma la hipótesis de que a veces las malas compañías —si escriben como el autor madrileño— son las mejores.

Setos de arizónicas

La muerte de su hijo es sólo el comienzo de un rosario de dificultades que llevarán a Miki a no levantar cabeza. José Ovejero muestra en *Un mal año para Miki* cómo un episodio puede suscitar el desenmascaramiento de la vida en todas sus facetas.

UN MAL AÑO PARA MIKI

José Ovejero
Ediciones B. Barcelona, 2003
229 páginas. 15,95 euros

JAVIER GOÑI

Igual que 2001 fue un año malo para Miki, el protagonista de la última y muy fallida novela de José Ovejero (hasta ahora un muy estimable narrador), *Un mal año para Miki* es un libro para olvidar. Nada ha salido bien, como nada le salió bien a Miki en 2001: se mató su hijo en un accidente (estúpido) de coche, asesinaron (gratuita, brutal e innecesariamente) a su mujer, y todo se le desmoronó: las relaciones personales al pasar a ser viudo y las profesionales. Miki no levantó cabeza, ese año, y arrastró por el sumidero de las equivocaciones a José Ovejero, al que tampoco nada le ha salido bien con este libro: el título no es muy acertado, la portada es un horror y los textos de contracubierta flaco servicio le han hecho. Se dice allí que esta novela está escrita "con una prosa directa y sin adornos superfluos": se nota, se nota, podría decirse



José Ovejero (Madrid, 1958).

recordando aquella anécdota (creo que del padre de José Luis de Vilallonga) de Alfonso XIII alardeando de no gastar más de cinco minutos en la elección de su atuendo: se nota.

Se dice también en la nota "apresalectores" que se emparenta este libro "no sólo con lo mejor de la literatura actual, sino también con el lenguaje cinematográfico de realizadores como los hermanos Coen". Pues no, ni una cosa ni otra, y punto. Miki, un experto en finanzas, un triunfador en la radio con sus recetas de economía a lo claro, un loco de la red, un pionero

de todos los avances tecnológicos, de primera, segunda, tercera generación, un emboscado tras los setos de arizónicas de su chalé de urbanización rica tiene los pies de barro. La muerte del hijo, en un accidente de nuestra época, supondrá un corte brutal en su vida y en la de su mujer, anclados ambos en la rutina de la vida en común. Hasta aquí todo previsible, pero con material suficiente como para montar una novela: cómo la ausencia del hijo desenmascara la mentira en la que vive una pareja. Hasta aquí, bien, pero Ovejero decide asesinar gratuitamente a la mujer de Miki y entonces ya todo se desparrama y desbarra y desvaría. Y ya nada tiene sentido, no la vida de Miki, sino todo el relato. En ese fallido y superficial descenso a los infiernos, todo resulta grotesco e innecesario: los suegros, el amigo de la emisora que le tienta con la televisión, el detective, etcétera, y luego están las mujeres. En fin, por una vez la ficción irrumpe en la realidad, y Miki ha contagiado su mal momento al autor. No tengo la menor duda de que Ovejero sabrá salir de este error, y olvidaremos todos a Miki.